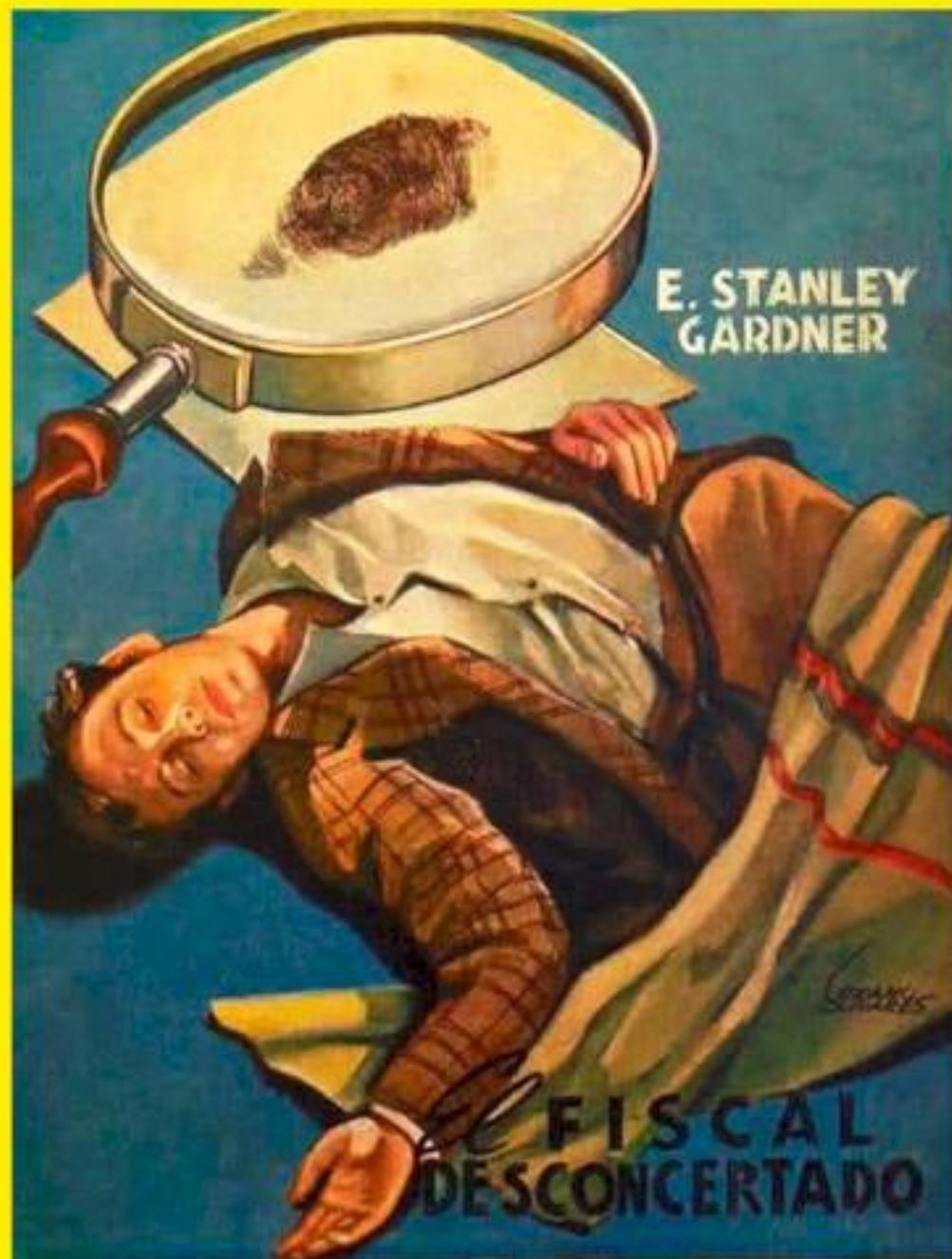


BIBLIOTECA ORO



**E. STANLEY
GARDNER**

**FISCAL
DESCONCERTADO**

El fiscal de distrito Doug Selby está investigando a un vagabundo que ha aparecido muerto, y resulta que es hermano de una persona adinerada.

El misterio del cadáver maltrecho del vagabundo, aumenta con el telegrama de un hombre que no estaba allí. Un contable que desaparece, y las huellas dactilares del hombre muerto, que están donde no deben estar, y no están donde deben estar.

Un caso de rutina se ha convertido en un *thriller*, y Doug Selby se encuentra metido hasta el cuello en pistas que parecen piezas de un rompecabezas.

GUÍA DEL LECTOR

Para que los lectores puedan identificar en cualquier momento las características de los personajes más importantes que intervienen en esta obra, ofrecemos a continuación una síntesis de los mismos, tan útil a los desmemoriados, como a los metódicos.

Doug Selby

Fiscal del distrito de Madison.

Rex Brandon

Sheriff de este distrito.

Enrique Perkins

Forense y administrador público de Madison.

Silvia Martin

Redactora de *The Clarion*.

Roberto Terry

Técnico en huellas dactilares.

Amorette Standish

Secretaria del fiscal.

Marcos Crandall

Rico agricultor y consejero del Banco First National de Las Alidas.

Juan Burke

Contable de la Cía. Maderera de Las Alidas.

Thelma Burke

Esposa del anterior.

Jorge Lawler

Propietario de la Cía. Maderera.

Alfredo Miltern

Agente de Banca y Bolsa.

Arturo White

Empleado del First National.

Guillermo Ransome

Jefe de policía de Las Alidas.

Jaime Lacey

Propietario de un rancho en Tucson.

Inés Stapleton

Abogado en Madison.

Oliverio Benell

Presidente del Banco First National de Las Alidas.

Sam Roper

Abogado y antecesor en el cargo actual de Doug Selby.

Jed Reilly (a) Buck

Sub *sheriff*.

Pablo Quinne

Aviador, hermano de la Sra. Burke.

Gualterio Breeden

Amigo de Juan Burke.

Ella Dixon

Taquígrafa de la Cía. Maderera.

Sam Light

Taxista de Las Alidas.

Felipe Crow

Aviador.

Carmen Ayres

Ex empleada en el despacho de Miltern.

Brantley Doane

Conductor de camión.

Horacio Perne

Hermano del supuesto Burke.

Sra. White

Esposa de Arturo White

Hall

Dueño de la Guarnicionería Hall.

Juan Worthington

Jefe del Jurado.

Allison Brown

Supuesto nombre de Juan Burke.



CAPÍTULO PRIMERO

FRANJAS de oriental colorido aparecieron tras las montañas que separaban los ricos huertos del desierto. La noche había sido fría; pero no lo bastante para que fuera necesario encender los braseros cuyo negro humo protegía la cosecha contra las heladas. Una leve capa de escarcha cubría los niveles más bajos, por donde la vía del tren cruzaba por encima del arroyo seco y arenoso.

Allá en la meseta oíase el ronco sonido de los tractores que araban el fértil suelo dirigidos por los rancheros bien abrigados contra el frío.

En la frescura de la vecina aurora parecía como si se notara cierto dejo de hastío y de cansancio en el escape

de aquellos tractores. Su palpitación uniforme se convirtió en un monótono diapasón del fatigante proceso mediante el cual los labradores han de luchar para arrancarle el sustento a la tierra. No hacía viento. El frío del temprano amanecer apretaba a toda la comarca con su helada mano. El color oriental trocose en encarnado, intensificose hasta ser escarlata y acabó disolviéndose en oro. Los objetos del arroyo seco se fueron haciendo visibles como formas grises, aun cuando no había aún luz suficiente para que pudiera distinguirse su colorido.

Un conejo de monte, moviéndose tan silenciosamente como una sombra, deslizose desde un macizo de artemisa hasta un grupo de cactus, deteniéndose en el interior de su santuario espinoso para volver la mirada hacia la ribera opuesta, donde un coyote se dibujaba en silueta contra la naciente luz. El coyote se sentó sobre los cuartos traseros, alzó la cabeza y emitió una serie de ladridos secos, que fueron haciéndose más rápidos y más agudos de tono, hasta que el arroyo se pobló de una confusión de sonidos.

Las nubes se hicieron brillantes. Se filtró luz suficiente por el hueco abierto entre las montañas del Este, inmediatamente debajo de las nubes brillantes, para que los objetos se vieran con claridad.

El cadáver yacía por debajo del puente, del ferrocarril y levemente echado a un lado. La escarcha cubría la ropa del hombre y el rollo de mantas que se veía a unos quince metros más allá del cuerpo. Este presentaba la grotesca rigidez corriente en casos de muerte violenta. A medida que el sol fue ascendiendo por el hueco de las montañas y barriendo los alrededores con sus fríos y rojizos rayos, el arroyo se tornó silencioso, resistiéndose a separarse de su frío, de sus sombras y de su muerto.

El conejo de monte salió de entre los cactus y escaló las pendientes más altas de la ribera occidental, donde pudiera recibir los primeros rayos solares. Alzándose sobre las patas traseras, alargó el hocico hacia los tiernos

brotos de la silvestre vegetación que bordeaba la faja de terreno cultivado. Una liebre, avanzando a saltos por el lecho del arroyo, se detuvo bruscamente a tres metros del cadáver. Durante un instante se quedó inmóvil, como helada. Luego hincó las fuertes patas traseras en la arena y huyó velozmente con una serie de saltos en zig-zag.

El sol se despegó por completo del perfil de las montañas e inició su lento ascenso por la bóveda azul-negra del cielo californiano al Sur. Los rayos del sol, al calentar los rieles del tren, hicieron que el acero emitiera chasquidos semejantes a los de minúsculos petardos. Se alzó una brisa, en alas de la cual llegó el olor de tierra recién arada a las heladas fosas nasales que ya no podían percibirlo.

Por Oriente sonó el rumor de un tren que se acercaba. Los silbidos de la locomotora al cruzar un paso a nivel sonaron agudos y claros en el helado aire. Unos minutos más tarde, trepidaron los rieles al aparecer por la curva una larga serie de coches cubiertos de polvo del desierto y tiradas por una potente locomotora que contuvo levemente la marcha para pasar por el puente. Los contornos del vapor al escaparse por la válvula de seguridad parecían grabados al fuego por encima del monstruo de hierro. El humo que salía, como si rodara, de la chimenea, tenía ese aspecto apelonado y prensado, índice de una atmósfera seca y fría.

Una milla más allá, Madison City brillaba, blanquecina, bajo el sol matutino.

La locomotora del tren expreso fue cruzando el puente. De pronto, el fogonero se quedó rígido; luego asió al maquinista del hombro y señaló. Los dos hombres miraron con ansiedad hacia el cuerpo inerte.

Aquel expreso no tenía parada en Madison City. Las ordenanzas le obligaban, sin embargo, a reducir allí su velocidad a veinte millas por hora. Todas las mañanas, a las siete treinta y ocho en punto, pasaba lentamente, aumentando la velocidad en cuanto se hallaba fuera del término

municipal, hasta convertirse en verdadero relámpago para hacer la última etapa de su viaje hasta Los Angeles.



Había unas cuantas personas en la estación esperando para ver pasar el expreso, un hombre preparado para recoger la bolsa de correspondencia que sería tirada al andén, y algunos curiosos que, con ver durante fugaces segundos por las ventanillas a los madrugadores que desayunaban en el coche restaurante, se hacían la ilusión de que ellos también viajaban.

Al pasar la locomotora las agujas del extremo del campo de maniobras, el maquinista hizo sonar una serie de silbidos cortos. El jefe de estación salió a mirar con curiosidad. Al ver la mano que se agitaba en el pescante de la locomotora, se acercó a la vía y alzó, bien estirado, el brazo izquierdo. Cuando el tren pasó de largo, el fogonero dejó

caer, con mucho tino, un aro de bambú que se quedó enganchado en el brazo. El jefe de estación desdobló la nota sujeta al aro de bambú y leyó:

Cadáver de hombre yace lado Norte de calle 693A. Rollo de mantas unos quince metros más allá de cuerpo, hacia Oeste. Notifique autoridades.

El jefe se dirigió rápidamente al teléfono, ojeó el listín, encontró el número del forense y llamó.

Enrique Perkins, forense y administrador público del distrito de Madison, era al propio tiempo el empresario de pompas fúnebres más importante de la población. Vivía por encima de su establecimiento. En el aislamiento de su casa, el huesudo rostro acusaba la tendencia de convertirse en humorístico. Su expresión habitual, como correspondía a uno de su profesión, era invariablemente solemne. Estaba leyendo la sección cómica de *The Clarion* cuando sonó el teléfono. Descolgó el auricular, dijo «Dígame», y escuchó el informe del jefe de estación.

—Bien —anunció—; iré allí inmediatamente. Más vale que no le diga usted una palabra a nadie hasta dentro de diez minutos por lo menos, porque quiero ser el primero en llegar.

Llamó a su ayudante, que dormía en la parte de atrás del establecimiento, y le ordenó:

—Pon en marcha el motor del coche, Sam, para que se vaya calentando. Bajaré en seguida. Hay un asunto en el arroyo, a una milla al Este de la ciudad. Por las señas debe tratarse de un vagabundo que habrá sido tirado del puente por algún tren, y el municipio tendrá que cargar con los gastos de entierro.

Colgó el auricular y acabó de leer tranquilamente el resto de la sección cómica antes de que volviera a apare-

cer en su semblante la expresión solemne profesional, propia del cargo oficial que ocupaba.

CAPÍTULO II

SILVIA MARTIN, redactora del *The Clarion*, entró en el despacho particular con el aplomo de quien cuenta con la amistad de Doug Selby y con la tranquilidad suficiente para permitirse semejante libertad. La chaqueta y la falda no ocultaban los contornos juveniles de su figura netamente femenina, no obstante lo cual, lograban combinarse de tal suerte, que su poseedora adquiriera un aire notable de eficiencia.

El joven fiscal del distrito de Madison estaba estudiando un libro de jurisprudencia, con el entrecejo fruncido, cuando abrió ella la puerta. Alzó la mirada, dirigióle una sonrisa, le hizo una seña para que se sentara y volvió a enfrascarse en la lectura del libro.

Silvia estudió su perfil con aire de aprobación. El cabello, peinado hacia atrás, recibía la luz de las ventanas. La frente se fundía en la raíz de una nariz de puente alto. La boca era sensitiva y bien formada; pero la mandíbula delataba al luchador. Las responsabilidades inherentes a su cargo habían dejado caer un manto de madurez sobre el fiscal, y Silvia, que le había conocido mucho antes de su nombramiento y que, por añadidura, había sido en parte responsable de que fuera elegido para ocupar la fiscalía, observó los cambios con ojos que brillaban y en los que, sin embargo, leíanse indicios de nostalgia.

Al cabo de unos instantes, Selby tomó nota del tomo y página, lo empujó hacia un lado y alzó la cabeza, con una sonrisa.

–Hola, Silvia.

–Hola.

–¿Qué hay de nuevo?

–Quiero averiguar una cosa, Doug.

–Me parece que te has equivocado de dirección, Silvia.

Este despacho está tan exento de noticias como lo está el optimismo en el porvenir de su patria, el político que ha sido derrotado en unas elecciones.

–No tal, Doug. Quiero saber una cosa.

–¿Qué?

–Un vagabundo fue alcanzado por un tren anoche, y cuando yo fui a echar una mirada al cadáver, por puro formulismo, observé que tenía manchas de tinta en las yemas de los dedos. Bueno, pues lo que yo quiero saber, es lo siguiente: ¿Por qué le tomó las huellas dactilares el forense?

–¿No se lo preguntaste a él? –inquirió Selby.

–Claro que no.

–¿Por qué? ¿Es que no os lleváis bien Enrique Perkins y tú?

–¿Por qué no habíamos de llevarnos bien? Pero es uno de esos hombres imparciales, que no se definen nunca, y que se creen obligados a ser amigos de *The Blade* y *The Clarion*, al mismo tiempo. Si está intentando ocultar algo y se entera de que ando yo sobre la pista, me cuenta todo lo que sabe, y en cuanto le doy la espalda descuelga el teléfono, marca el número de *The Blade* y les dice exactamente lo mismo que me ha dicho a mí.

Selby se echó a reír.

–Mientras que estás segura de que yo te diré todo lo que sepa y dejaré que *The Blade* se las componga como pueda para conseguir las noticias, ¿no es eso?

–Precisamente –asintió ella–. Tú tienes la virtud de amar a tus amigos y odiar a tus enemigos.

–No; son mis enemigos los que me odian a mí.

–Tanto monta, monta tanto, señor fiscal. Eso no es más que esquivar la pregunta o, mejor dicho, la respuesta. ¿Por

qué le sacó Enrique Perkins las huellas dactilares al vagabundo que fue alcanzado por un tren anoche?

—Porque le dije yo que lo hiciera.

Silvia sacó unas hojas de papel del portamonedas y un lápiz negro y dijo:

—¡Ah, ah! La trama se complica.

—No —dijo Selby—; no hay trama y no se complica. Se trata de rutina pura y simple. Le he dicho al forense que le tome las huellas dactilares a todo vagabundo sobre el que tenga que efectuar una encuesta.

—¿Por qué, Doug?

—Porque hay más de un hombre reclamado por la justicia que se echa a la carretera y se convierte en vagabundo. Hay algunos que tienen antecedentes penales y no falta quien ande huyendo por haber cometido un crimen capital. Si uno de estos hombres muere, la ficha que de él tenga el Departamento Federal de Investigación sigue abierta, porque el Departamento jamás llega a enterarse de su defunción, como no sea por una verdadera casualidad. Pero si recibe copias de las huellas dactilares de todos aquellos que nosotros tengamos que enterrar, puede cancelar una ficha, dar por terminado un asunto, si el muerto resulta ser un fugitivo. Conque, como verás, no hay materia en esto para un artículo. Se trata de un simple formulismo.

Ella le dirigió una mirada de desdén.

—Conque un simple formulismo, ¿eh? Conque no hay materia para un artículo, ¿verdad, señor fiscal? ¡Aguarde a que lea *The Clarion* mañana por la mañana! Encontrará un artículo muy lindo acerca de la eficiencia del nuevo fiscal y de los métodos de trabajo que está introduciendo. Aprenderá que, gracias a él, nuestro distrito se está poniendo a la altura de los más modernos en lo que se refiere a la administración de la justicia.

»Te llevarías una sorpresa si supieras el mucho bien que las cosas así hacen, Doug. La gente de aquí está orgu-

llosa de Madison City. Le gusta pensar que es moderna y esta bien organizada, a pesar de tratarse de una población rural. Ahora que ocupas el cargo debes procurar mantenerte siempre bien a la vista del público. En resumen, señor fiscal, que no tiene usted el menor olfato para las noticias.

Él se echó a reír y dijo:

—Bueno, pero no me achaques a mí todo el mérito. No olvides que el *sheriff* Brandon figura en el asunto.

—¿Fue suya la idea?

—No, fue mía; pero él necesita publicidad tanto como yo y a él se debe en gran parte que se haya instalado una sección de dactiloscopia aquí. El distrito carecía de medios para adquirir los servicios de un experto de fuera, de modo que Brandon tomó a Terry y le dio libros para estudiar. Roberto Terry se ha dedicado de lleno al estudio de huellas dactilares y fotografías y ha logrado convertirse en un verdadero experto.

Amorette Standish, secretaria de Selby, abrió la puerta del despacho general y dijo:

—Enrique Perkins está aquí y quiere saber si puede verle.

—Dígale que pase —contestó Selby. Y cuando el forense estuvo en el despacho, agregó—: ¡Hola, Enrique! ¿Se trata de algo confidencial? En caso afirmativo, Silvia puede aguardar fuera unos instantes.

—No. Acabo de estar en el despacho del *sheriff* a entregarle las huellas dactilares que le tomamos al cadáver del vagabundo ése.

—¿Llevaba algo encima que permitiera identificarle?

—Sí, una cartera en el bolsillo interior. Había tres billetes de un dólar dentro y una de esas tarjetas, cubiertas con celuloide, en las que dice: «En caso de accidente, sírvanse avisar», etcétera, etcétera. Tenía un hermano en Phoenix, Arizona... Es raro eso, Doug. El muerto era un vagabundo; pero su hermano parece ser todo un personaje. Evidente-